

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montella, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Sábado 7 de Agosto.

El Eco de Cartagena

LA SIMA DE ARBEIZA.

Aun cuando los carlistas, durante la actual campaña, se han esforzado con una serie no interrumpida de crueldades en demostrar al país y al mundo entero lo que de ellos pudiera esperarse en caso de que alguna vez realizaran sus ilusiones de mando, insertemos las siguientes líneas que publica un periódico, y que añaden una página más á la sangrienta historia de ese partido, cuyas armas de combate son el incendio, el robo y el asesinato.

Dice así el periódico á que nos referimos:

«Para probar la barbarie de los defensores de D. Carlos, enemigos encarnizados de esta pobre España, vamos á describir algunos hechos llevados á cabo por ellos en la famosa sima de Arbeiza, en la provincia de Navarra.

Arbeiza, insignificante lugar del valle de Ega, á unos seis kilómetros de distancia de Estella, situado en una pequeña altura en la margen derecha del río que dá nombre al valle, y muy cerca de la carretera que, partiendo de dicha ciudad, conduce á la de Vitoria, no será olvidado, seguramente, por las familias de las numerosas víctimas sacrificadas por el terrible bandido, hoy teniente coronel del ejército carlista, Rosa Samaniego auxiliado por el no menos cruel Jergon.

Encuétrase entre el río y la carretera un gran estanque, lago ó pozo, como le llaman los naturales del país, cercado todo él de álamos, chopos y otras plantas análogas; no se le conoce fondo, y sus aguas, crezo ó mengüe el inmediato río Ega, siempre se encuentran á una misma altura.

Cuando las sentencias de muerte dictadas por el bandido Rosa Samaniego debían ejecutarse rápidamente, bien porque así lo acordase, bien por la falta material de tiempo á

otras causas, á este estanque, lago ó pozo eran conducidas las víctimas, y después de atarles piedras, á unos en los pies, á otros en el cuello, se les lanzaba, como ellos decían, á buscar el fondo.

Pero cuando los sicarios no corrían peligro en ser perseguidos, ó les sobraba tiempo para hacer más angustiosa la triste suerte que el destino deparaba á las tristes víctimas, entonces, para saciar sus instintos feroces, no se contentaban con ese género de suplicio, sino que emprendían la marcha, ascendiendo por una colina en dirección de N. á S. por un camino pedregoso y arido, para llegar á la famosa sima.

Ya en sus inmediaciones, se ven dos grandes hondonadas, casi circulares, separadas por una especie de excrecencia de la tierra, que solo alcanza á la mitad próximamente de su mayor profundidad; á la simple vista, y examinadas con más detenimiento, en la más próxima al N. se ven perfectamente sus paredes laterales: mas no así en la del S., en donde se nota una gran quebradura en la pared ó lado de dicha dirección S., coronadas de árboles de roble, encina, avellano y otros, y plantas de espinos, boj, romero, etc.

Mas próximo á este terrible ántró, y marcado desde el punto más bajo de la hondonada, en su parte semicircular exterior se observa un sinuoso desgajamiento de peñas caliza por una parte, y por la otra caída de tierras por la acción del tiempo, pero de un corte rápido de arriba á abajo, notándose en la parte media de la profundidad, hasta donde alcanza la vista, peñascos de gran dimensión, de color verdoso oscuro, forma convexa, que afluyen á un centro de profundidad desconocida, midiendo próximamente unos 4 metros de circunferencia por unos 30 ó 40 de que constará la boca de dicha sima. Así, pues, lanzadas las víctimas desde cualquiera de los puntos indicados, debieron en su caída rebotar sobre dichas peñas, y naturalmente rodar hasta caer en el pozo ó ántró que hemos descrito.

Si el cura párroco de Igasquiza, que comunmente, por ser el más inmediato, era el encargado de confesar á las víctimas allí arrojadas, cuando se les permitía ese último consuelo, pudiera revelar los secretos de las muchas confesiones que ha recibido, ¡qué de dolores, que de angustias, que de lágrimas y terribles sufrimientos sabríamos!

Allí se han lanzado víctimas, en su mayor parte vivas.

Allí descansan, entre otros muchos, los cadáveres de una anciana señora, y sus dos hijas, éstas por el solo delito de no declarar culpable de espionaje á su madre, ofreciendo la horrorosa particularidad una de ellas de haber quedado, aunque por instantes, suspendida sobre la boca del abismo, por habérsele enganchado los vestidos en una cortadura de la peña.

Allí yacen los restos de siete desgraciados arrojados de una vez por haber dicho cualquiera que habían ido desde Madrid con intención de dar muerte á D. Carlos.

Allí un pobre revendedor de tabacos vecino de La Puebla, en Alava, fué inhumanamente echado, por el solo delito de haber dicho en Zubielqui que había entrado en Estella una columna de tropas, sin que al exponer que era padre de familia, y probar que jamás se había mezclado en asuntos políticos, ántes por el contrario, ganaba su vida llevando tabaco á los carlistas, bastase para que le perdonaran.

Allí en fin, han sido arrojados otros muchos, así hombres como mujeres, por la más ligera sospecha, por la más infame delación, fuese ó no cierto el hecho que se les imputaba.

En aquel tremendo contorno se ven sendas trilladas, no por el frecuente paso de personas curiosas, sino por el de las muchas víctimas; y al usomarse cualquier observador se ofrecen á su vista, en puntos donde no es posible llegue la mano del hombre, troncos de boj descarnados por los que, lanzados al abismo en toda la plenitud de la vida, se asían de ellos para evitar su terrible caí-

da. ¡Supremos y cortos instantes, porque á los que así lo hacían se les soltaba hiriéndoles las manos y la cabeza con las puntas de las bayonetas.

¡Allí se ven las ramas y copas de un roble inclinadas hacia el centro del abismo y desgajadas por el golpe de los cuerpos humanos al caer! Las palabras «sima de Arbeiza» tienen aterrados á todos los habitantes de los pueblos de aquella comarca, donde imperaba el bandido Rosa Samaniego, el presidiario, el procesado por robo sacrilego, hoy teniente coronel del ejército carlista, con quien no se desdeña de alternar el Pretendiente, hasta el punto de sentarle á comer á su propia mesa, en premio sin duda de los servicios que se dejan referidas.»

Correo general.

Madrid 6 de Agosto de 1875

Tenemos detalles de la brillante carga dada á los carlistas en Viana por el regimiento de caballería de Numancia. Según las órdenes del coronel, arregladas á las instrucciones del brigadier Córdoba, un escuadrón mandado por el teniente coronel D. Enrique Franch, salió por la derecha y otro por la izquierda, mandado por el coronel D. Sotero Martínez, aquel para rebasar á Viana y caer por la espalda de la posición del Cueto, llave de la resistencia de los carlistas. El escuadrón, venciendo inmensas dificultades que ofrecen las arboledas y zanjas del terreno, llegó á su puesto á la hora y media, esperando el ataque que debía empezar por el centro; pero descubierto por una avanzada de caballería enemiga, tuvo que lanzar parte del escuadrón á la carrera sobre la población, que empezaron á abandonar los carlistas, cargando sobre los fugitivos con otros 70 caballos por las alturas del camino de Aras. Al mismo tiempo el otro escuadrón, compuesto como el primero de unos cien hombres, que por la izquierda apoyaba al batallón de Gesona que se había posicionado de unas alturas, cayó sobre las numerosas fuerzas carlistas que